

Libros del Asteroide 

**Maggie O'Farrell**  
**La distancia que nos separa**  
Traducción de Concha Cardeñoso



# **Maggie O'Farrell**

## **La distancia que nos separa**

Traducción de Concha Cardenoso Sáenz de Miera

Libros del Asteroide 

PRIMERA PARTE

Se despierta y se encuentra en la cama, brazos y piernas separados, como una estrella de mar, con la cabeza a cien. Al fondo, el ventilador gira hacia él y después hacia el otro lado, como ofendido. A su lado se alborotan las páginas de un libro, se abren y se separan. El piso está a oscuras y unas ráfagas de neón cortan el techo a tijeretazos. Es de noche.

—Mierda —dice, y levanta la cabeza de un tirón.

Entre sus omóplatos algo blando pero íntegro se despereza y se rasga como papel mojado. Maldice y se lleva la mano al punto dolorido; llega al suelo con los pies y patina en calcetines por las láminas de madera hasta el cuarto de baño.

Al verse la cara en el espejo se asusta. Las arrugas y los pliegues de la sábana le han dejado marcas rojas en la mejilla y en la sien que le dan a la piel un aspecto curioso, de carne viva. Tiene el pelo de punta como si lo hubieran electrocutado y parece que ha crecido. ¿Cómo ha podido quedarse dormido? Estaba leyendo con la cabeza apoyada en las manos y lo último que recuerda es al hombre del libro bajando a un pozo abandonado por una escala de cuerda. Jake mira el reloj. Las diez y diez. Ya es tarde.

Una polilla choca contra su cara y rebota en el espejo, el leve polvo de las alas deja una señal moteada, un fantasma de sí

misma, en el cristal. Retrocede un momento para mirarla, sigue su vuelo por el aire y después intenta atraparla con las manos. Se le escapa. La polilla, al percibir el peligro, vuela hacia arriba, hacia la luz, pero Jake lo intenta de nuevo y esta vez la pilla; el delicado cuerpecillo choca, confuso, encerrado entre las manos.

Levanta la falleba de la ventana con el codo y la abre. El estruendo de la calle, diecinueve pisos más abajo, le sale al encuentro. Se asoma por encima de los tendales, abre las manos y la lanza hacia arriba. La polilla cae un segundo, se da media vuelta, desorientada, se recupera, encuentra una corriente cálida de un aparato de aire acondicionado de un piso más bajo y desaparece.

Jake cierra la ventana de golpe. Nervioso, va por el piso de un lado a otro recogiendo la billetera, las llaves, la chaqueta, se pone el calzado, abandonado de cualquier manera al lado de la puerta. El ascensor tarda un siglo en subir y, cuando llega, apesta a sudor y a aire rancio. En el vestíbulo, el portero está en un taburete junto a la puerta. Arriba se ven las guirnaldas rojas y doradas del Año Nuevo chino: un niño mofletudo de pelo negro como la pez cabalga a lomos de un cerdo de color rosa.

— *Gung hei fat choi* — dice Jake al pasar.

— *Gung hei fat choi, Jik-ah!* — responde el hombre enseñando unos cuantos huecos en la dentadura, y le propina una palmada en el hombro que le escalofría y le escuece como si tuviera la piel quemada por el sol.

Fuera, los taxis fragmentan la luz de los charcos de la calle y un tren subterráneo conmueve el pavimento. Jake ladea la cabeza para mirar a lo alto de los edificios. El año del buey da paso al del tigre. De pequeño se imaginaba que, al llegar la medianoche, el año se convertía en un extraño ser mutante en plena metamorfosis.

Se aleja del edificio y casi arrolla a una anciana diminuta que empuja una carretilla cargada de cajas de cartón dobladas. Jake se hace a un lado, sigue hacia el sur y deja atrás las pistas de

baloncesto, una pequeña capilla roja en el bordillo de la acera con un manojó de varitas de incienso gastadas, a unos hombres sentados en una tienda de *yum chai*, con fichas de *mahjong* en las mesas que hay entre ellos, filas apretadas de motocicletas cubiertas, intrincados andamiajes de bambú, tanques de restaurantes en los que los peces condenados abren las agallas cuanto pueden buscando oxígeno en el agua turbia.

Pero Jake no ve ninguna de estas cosas. Va mirando hacia arriba, a las nubes, cada vez más negras, canturreando, pisando la acera con las zapatillas deportivas de suela delgada. El aire se mece en incienso, en humo de petardos y en la salinidad amniótica del puerto.

El autobús no llega. Stella se ciñe más la bufanda a la garganta y, de puntillas, mira las filas del tráfico. Coches, coches, taxis, motos, algún ciclista, coches, más coches. Pero ningún autobús. Mira la pantalla que teóricamente dice cuánto tiempo tiene que esperar. Está apagada.

Separa la manga del abrigo del guante y consulta la hora. Hoy tiene turno de tarde y, si espera más, no va a llegar a tiempo. Se pone de pie un momento, piensa. ¿Es mejor esperar a un autobús que tiene que venir en algún momento o ponerse a andar y llegar con poco retraso? Podría ir en metro, pero son diez minutos a pie hasta la estación, y a lo mejor llega con retraso de todos modos. Irá andando. Ahora seguramente sea la forma más rápida de llegar.

Echa una breve mirada para asegurarse de que el autobús todavía no viene y se pone en marcha. Hace frío en la calle, más que de costumbre para la época del año, el suelo corta, cubierto de escarcha que cruje al pisarla. El cielo está de un gris incierto, profusamente pavimentado de ramas deshojadas.

Ha vuelto a Londres unas cuantas semanas —espera que no sean más— a trabajar en un programa de radio nocturno. Tie-

ne un piso en la ciudad, una habitación amueblada al final de Kennington, pero por lo general lo alquila cuando se va a otros sitios. Un mes en París, una temporada en Moscú, medio año en Helsinki. No sabe dónde irá después: a Roma tal vez, o a Madrid o a Copenhague. A Stella no le gusta estar siempre en el mismo sitio.

Se dirige al norte, hacia el Támesis, el aliento se condensa en el aire, el cuerpo conserva un calor inapropiado entre las capas de ropa. Al dar los primeros pasos en el puente de Waterloo, la ciudad empieza a dividirse en dos, el río se abre ante ella. El puente fue construido íntegramente por mujeres en la segunda guerra mundial, según leyó una vez en algún sitio. Hoy está desierto. Los coches pasan de largo por la calzada en dirección norte, pero no hay nadie en las aceras de ambos lados.

En el cruce, Jake salta a la cola de un tranvía que pasa traqueteando justo en ese momento. El piso de abajo, sucio y oscuro, está a reventar: todos los asientos ocupados, gente de pie agarrada a los asideros que cuelgan del techo. A su lado hay un hombre con una chaqueta y unos pantalones descoloridos, lleva una jaula en el regazo. El pájaro, balanceándose en el palo, mira a Jake de lado con las diminutas cuentas negras de sus ojos. Las cabezas de los dos occidentales que van en el tranvía destacan por encima de las de los chinos.

Jake sube ruidosamente al piso de arriba por las escaleras de madera. Se sienta en la primera fila y saca la cabeza por la ventanilla, con la cara al aire, cada vez más veloz, y mira los edificios apiñados de Wan Chai, entretejidos con letreros de neón, que se reflejan al pasar en el liso edificio de cristal y cemento del enorme complejo comercial.

Jake tiene el pelo oscuro y se puede poner casi tan moreno como su amigo Hing Tai si le da el sol el tiempo suficiente, pero los ojos son del color del agua profunda. Tiene pasaporte

británico, madre británica y, en alguna parte, padre británico. Pero no conoce Gran Bretaña ni a su padre; nunca ha estado en ninguna parte cerca de Europa.

Stella ve a otra persona solitaria a lo lejos, en la otra punta del puente, que camina hacia ella. Un hombre. Minimizado en la distancia. Podría levantar una mano y rodearlo con el pulgar y el índice. Ambos andan y siguen andando la una hacia el otro, como unidos por una cuerda. La silueta del hombre empieza a cobrar definición: es alto, fuerte, lleva una chaqueta verde.

Stella mira al río, a la enorme noria tachonada de luces y a la gente, que parece un enjambre de insectos diminutos arrastrándose por South Bank. Devuelve el haz de la vista al puente, en la dirección a la que se dirige, y se lleva un susto tan grande que casi tropieza. Tiene que agarrarse a la pared para no caerse y el corazón le da un vuelco, como si no supiera seguir latiendo.

Mira las aguas turbulentas del río y de nuevo al hombre. Está todavía más cerca y Stella se pregunta si simplemente seguirá haciéndose más y más grande hasta que se cierna sobre ella, enorme y terrible, como un espectro de montaña. La está mirando directamente, con las manos en los bolsillos.

Stella no puede creerlo, es que no puede. Tiene aquella piel hinchada, de un blanco rosáceo, la misma mata espesa de rizos pelirrojos y los ojos hundidos en la cara mofletuda.

Es como si el tiempo se hubiera doblado sobre sí mismo, como si los años se hubieran tragado a sí mismos. Stella percibe el tacto pegajoso que tendría esa piel si la agarrara y el peculiar olor a animal mojado de ese pelo. El hombre se acerca a ella, cada vez más, está tan cerca que podría tocarlo; un grito en el fondo de la garganta amenaza con salir.

—¿Te encuentras bien, preciosa?

Los dedos enguantados se aferran al pasamanos. El hombre es escocés. Justo lo que había pensado ella. Stella asiente sin

dejar de mirar el río, la superficie musculada como la espalda de las serpientes.

—¿Estás segura? —El hombre sigue ahí, fuera de su campo de visión. A Stella se le corta la respiración, se siente incapaz de abrir los pulmones para que le entre aire—. No lo parece.

Ella asiente de nuevo. No quiere que la oiga hablar, que le oiga la voz. Tiene que irse de allí. Sin mirarlo, empieza a andar apoyándose en el pasamanos. Tiene que pasar muy cerca de él, nota el movimiento de la respiración del hombre en la cabeza cuando le dice:

—Pues, si estás segura... —Stella se estremece, se le encoge toda la piel—. Hasta otra —dice él.

Stella vuelve la cabeza para verlo marchar. El mismo andar pesado, los pies separados, encorvados los inmensos hombros. El hombre se vuelve también, una vez. Se detiene un segundo. Después sigue adelante.

—Hasta otra.

Dos camiones pasan rápidamente, rugiendo uno detrás del otro, y agitan el aire. Stella empieza a correr trastabillando, el abrigo le golpea las piernas por detrás, los edificios de la ciudad se curvan más allá. Un dolor agudo se le clava en el pecho, como si algo con dientes y garras quisiera salir fuera. Tropezada, se cae al suelo de manos y rodillas y, antes de levantarse, mira atrás.

El hombre ya no está. El puente se alarga detrás de ella, abombado, describiendo una curva y sin nadie a la vista.

Se pone de pie como puede. Se ha manchado las manos de polvo y gravilla. Las lágrimas le mojan el pelo, que se le pega a la cara con el viento cortante de febrero. Mira a un lado y al otro sin saber muy bien lo que busca.

Ve acercarse la señal oblonga encendida de un taxi por el otro lado. Corre entre el tráfico con el brazo levantado por encima de la cabeza. Las ruedas de un coche rechinan al esquivarla. «Por favor, párate —murmura entre dientes, con la mirada fija en la luz que se acerca velozmente—, por favor.»

El taxi aminora la marcha y se detiene. Stella corre hacia el vehículo, abre la portezuela y se sube.

Jake baja las escaleras ruidosamente cuando el tranvía dobla la esquina para entrar en Central. Le gusta notar el súbito cambio de dirección, estar de pie en el instante en el que hay que resistirse al brusco movimiento contrario. Se apea enfrente de la estructura pesada e irregular del banco y cruza hasta el pie del edificio de cristal negro en el que las escaleras mecánicas, vacías, zumban de un lado a otro sin nadie que suba o baje.

Se esfuerza en la empinada cuesta de Lan Kwai Fong, abriéndose camino entre la multitud, que ya es densa. Bares y clubes flanquean la calle empedrada, todos están llenos de occidentales que trabajan en departamentos legales, redacciones de periódicos, escuelas, emisoras de radio y departamentos de tecnología de la información de la isla de Hong Kong y vuelven todas las noches en el transbordador a su piso de la isla de Lamma o de Lantau y se paran aquí a tomar unas copas y a reunirse con sus amigos. Jake no suele ir nunca, pero a Mel y a su pandilla les gusta.

A menudo Jake piensa que Hong Kong es como el rebosadero de Europa. Los que vienen aquí han dejado casa y familia por algún motivo del que no suelen hablar. Cada cual se encuentra en un grado de separación, huyen de algo o buscan un elemento que los complemente pero que los esquiva. O, al menos, tienen la esperanza de que la sensación de que les falta algo en la vida no los siga hasta el otro lado del océano. Si uno se aleja lo suficiente, es posible que no vuelva a encontrarse consigo mismo.

En lo alto de la cuesta se desvía a la izquierda y entra en el Iso-Bar. El aire acondicionado es helador y hay apretadas horas de gente, bebida en mano. Echa un vistazo general, busca a Mel. De repente la ve justo enfrente. Todavía no han cruzado

la mirada, pero ella ya le planta un beso de carmín en la cara y vuelve la cabeza hacia sus amigos.

—Os dije que llegaría tarde, ¿verdad? ¿No os lo dije?

La cara de Mel flota ante sus ojos en la oscura penumbra. Lleva el pelo —claro y fino, casi incoloro— recogido en una cola de caballo alta y enlaza a Jake por la cintura con los dos brazos.

—Lo siento, me quedé dormido —grita él para hacerse oír por encima de la música—. No sé cómo, pero estaba leyendo y al momento siguiente me...

—Estarías cansado —le dice ella con una sonrisa.

—Sí.

Se deshace del abrazo para saludar a los demás. Ellos le sonríen y lo saludan a su vez con un movimiento de cabeza, levantando la copa, y Lucy, la mejor amiga de Mel, le da un breve beso distraídamente y a continuación se dirige al hombre con el que estaba hablando. Alguien le da a Jake un vaso largo, resbaladizo con la condensación.

—Mañana vamos a Lantau —grita Mel por encima del ruido, inclinándose hacia una de sus amigas, agarrada al brazo de Jake— a ver al buda. Jake quiere ir de excursión a las montañas.

—¿Vas a ir con él? —pregunta la amiga; le hace gracia la idea.

—Sí —asiente Mel mirándolo—, si me deja. —Le aprieta el brazo—. He pensado que estaría bien probarlo, ¿sabes?

—Pero ¡si a ti no te gustan esas cosas!

Nina pone el teléfono a su lado, en el suelo, marca el código de Londres y a continuación el número. Después de una breve pausa suena el zumbido de una llamada lejana.

Espera, frunce el ceño, abre un sándwich de los que le ha preparado Richard por la mañana y saca las medias arandelas de cebolla plateadas. Él sabe de sobra que ella no come cebolla cruda. De pronto se oye el jadeo de éter electrónico antes de que suene el siseo de una grabación del buzón de voz: «Hola,

has llamado a producción, habla Stella Gilmore. No me encuentro en mi mesa o estoy en otra...».

Nina cuelga, rehace el sándwich y muerde una esquina.

— ¡Faltan doce minutos! — exclama Lucy mirando el reloj—. ¡Vamos a pasar de gallos a cerdos!

— ¿Es verdad? — pregunta Mel volviéndose hacia Jake con una leve expresión de preocupación en la cara.

— Pasamos del buey al tigre — murmura —, pero no nosotros, en realidad, sino...

— ¡Vamos al otro bar! — exclama Lucy—. ¡Al del DJ! ¡Venga, vámonos!

Dejan las copas y se dirigen a la puerta. Fuera, el aire está templado y un fino velo de llovizna les roza la cara. La calle está a rebosar, un mar de cabezas flotantes se mueve en olitas entre ellos y el edificio de enfrente. Jake tiene que aplastarse contra la pared para dejar paso a un grupo de chicos japoneses. Lucy tropieza con el bordillo y se cae encima de él. Al otro lado de Jake, Mel le agarra la mano. En la otra acera una pandilla de británicos canta *Auld Lang Syne*.

En una oficina de Londres empieza a sonar un teléfono móvil. El timbre suena amortiguadamente, como si el aparato estuviera debajo de un abrigo, de una carpeta o de un bolso. Varias personas de los cubículos de alrededor vuelven la cabeza, atentas, intrigadas. Hasta que se dan cuenta de que no es el suyo y cada cual sigue con sus cosas.

La chica que comparte despacho con Stella se quita los auriculares y mira a la mesa de Stella. La silla está separada del ordenador. En el sitio en el que debería estar Stella, ahora solo se ve lo que hay al otro lado de la ventana: chimeneas irregulares y tejados ennegrecidos y brillantes por la lluvia de Regent Street.

¿Debería contestar la llamada? A Stella se le olvida a menudo llevárselo a casa. Ha sonado varias veces en la última hora. Alguien debe de estar impaciente por hablar con ella. El teléfono deja de sonar tan bruscamente como empezó. La chica se pone los cascos de nuevo. Se lo dirá a Stella cuando llegue.

El ruido de la calle aumenta como si le hubieran subido el volumen. La gente grita, se ríe y chilla. Justo enfrente de Jake, un hombre agita un dragón de papel pequeño y frágil que enseña los dientes y saca fuego por los hocicos. Jake empieza a abrirse paso entre la multitud de cuerpos, en dirección al bar, Mel va detrás de él, lo sigue, y Lucy, detrás de ella. Los demás se han disuelto en la marea. Sale más y más gentío a la calle, que se une a la espesa corriente. Jake recibe empujones y codazos, lo empujan con los hombros, con las caderas, con los pies... Vuelve la cabeza y mira hacia un lado de la calle. ¿Hay menos gente más adelante? No. Aparecen más cabezas que llegan de las calles laterales y una barrera de policías bloquea la mitad de la de D'Aguilar. Se le acelera el corazón, le da un vuelco, aprieta la mano a Mel.

Todo el mundo aparta y empuja. A Jake se le olvida que la gente es muy egoísta en situaciones así. Tres hombres con gorro rojo de fiesta se abren paso a codazos, uno le pisa el pie y le machaca los huesos contra el suelo. Más y más cuerpos se vierten en la calle como si fueran agua. De pronto Jake nota mucho calor. Mira a un lado, luego al otro, incapaz de decidir qué es lo mejor que pueden hacer o hacia dónde ir. Mel le dice algo y, cuando se vuelve para oírla, tropieza y casi se cae. Se agarra a lo primero que encuentra —el abrigo de una mujer que está a su izquierda— y se levanta. La mujer lo mira rápidamente con cara de pánico, pero Jake pide disculpas y ella deja de mirarlo sin decir nada. La multitud se apelotona cada vez más cerca de sus costillas.

—Esto no me gusta —dice Mel—. Jake, no me gusta.

—Lo sé —dice—. Vamos a ver si...

Se queda sin palabras porque suceden varias cosas a la vez, muy deprisa:

Detrás de él, un hombre que lleva unas cuantas botellas de cerveza tropieza y se cae hacia delante. Las botellas se le escapan de las manos y se estrellan contra el suelo. El cristal estalla y la cerveza se derrama por los adoquines como una mancha espumosa, oscura y resbaladiza. Jake retrocede y se mezcla otra vez con el denso gentío de la acera, arrastrando a Mel consigo. De pronto surge una agitación tremenda en lo alto de la cuesta. Jake ve que el hombre de las botellas se hunde. Entonces Lucy resbala, se queda atrás, desaparece, la multitud se cierra y deja de verle la cabeza.

Francesca está en el jardín, inclinada sobre una *Echium* que compró en un vivero de Arran; acaba de ver que la escarcha empieza a marchitarla. Francesca odia la escarcha, la odia más que a los pulgones de patas pegajosas que se arraciman en sus rosas en verano, más que a las babosas de volantes amarillos que se abren paso entre sus capuchinas. Sin embargo, no es capaz de matar a las babosas. La idea de envenenarlas con productos químicos nocivos o de rociarlas con sal le parece muy cruel.

Se estremece y se arropa más en la gabardina de Archie. El cielo de Edimburgo se cierra sobre su cabeza, combado y blando como el vientre de una oca. Hoy el frío tiene el regusto metálico de la nieve.

Reacciona a la vibración electrónica físicamente antes que mentalmente. Se endereza y vuelve a la casa sin darse cuenta de lo que es. El teléfono. El teléfono nuevo que le compró Stella.

Lo coge y aprieta un botón al azar, pero la vibración no cesa. Francesca suspira, busca las gafas, que lleva colgadas del cuello con una cadenita, y mira los botones más de cerca. Uno tiene un dibujo en miniatura de un auricular telefónico. Puede que sea ese.

—¿Diga? —pregunta, insegura, expectante.

—¿Todavía no has aprendido a contestar a ese teléfono?

Está muy segura de que es Nina. Tienen la voz muy parecida por teléfono y, por lo visto, ninguna de las dos se acuerda de que hay que identificarse.

—Pues claro que sí —miente Francesca para ganar tiempo. Se ofenderían si las confundiera—. Es que estaba en el jardín.

—¡Ah! —Una pausa, Francesca oye que da una calada a un cigarrillo. Entonces es Nina, confirmado—. Bueno, ¿qué tal estás?

—Bien, bien. Ocupada, ya sabes. Tu padre se ha ido a Múnich.

—¿Para qué?

—No estoy segura. Una conferencia, creo.

—Oye —anuncia Nina—, ahora no me puedo enrollar. Dentro de cinco minutos tengo que estar en otro sitio. Solo quería saber si habías hablado hoy con Stella.

—¿Con Stella? —repite Francesca, pensando. De Stella no tiene por qué preocuparse—. No.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—La semana pasada, me parece. O a lo mejor la anterior.

—Pero ¿hoy no?

—No. ¿Por qué?

—Por nada. Es que no consigo localizarla. Le he dejado mensajes, pero no me ha contestado. —Nina le da otra calada al cigarrillo—. Ha desaparecido.

Francesca siempre tiene la sensación de estar ligeramente en desventaja respecto a la relación entre sus dos hijas. Siempre le ha parecido muy privada, muy elíptica, incomprensible para ella. Se le ocurre una idea luminosa.

—A lo mejor se ha tomado el día libre o...

—Me lo habría dicho —la interrumpe Nina.

Francesca no sabe qué contestar. Pero, con Nina, las tácticas de distracción siempre funcionan, así que le pregunta:

—¿Por qué no vienes dentro de un rato? A lo mejor ponen una película buena en la tele. Te invito a cenar.

—De acuerdo —cede Nina—. A lo mejor.

Mel llama a Lucy a voces una y otra vez y quiere soltarse de Jake. La multitud vibra entre gritos, sudor y un olor caliente y apesoso a cerveza. Jake se esfuerza por no soltar a Mel al tiempo que sigue empujando hacia delante en busca de Lucy. Después surge otra gran agitación, nota que no toca el suelo con los pies y que una corriente de cuerpos se los lleva lejos de Lucy, hacia la ventana de un bar en el que están bailando al son de una música que solo oyen ellos. A Jake lo empujan contra una pared fría. Le han arrebatado a Mel. Sale de ahí como puede, dando codazos a los que lo rodean para hacerse con un espacio en el que poder respirar, dando patadas contra la pared. Parece que tenga los pulmones al rojo, sin aire y comprimidos.

—¡Mel! —grita—. ¡Melanie! —Pero, con la barahúnda, no oye ni su propia voz. Un hombre rubio con barba está pegado a su espalda y una chica filipina lo agarra por la manga gimiendo rítmicamente—. ¡Mel! —chilla otra vez intentado dar media vuelta.

La muchedumbre se precipita otra vez, en otra dirección, cuesta abajo, y lo arrastra consigo. Jake nota que pisa algo, algo blando que cede. ¿Un cuerpo? Una afilada punzada de pánico le cruza el pecho, intenta mirar al suelo, pero está encajado entre una adolescente con el pelo teñido de henna que grita a pleno pulmón y una mujer de ojos enormes, muy abiertos. Jake los mira y ve las negras pupilas dilatadas, la forma en que le cuelga la cabeza del cuello, la mandíbula sin tensión.

Mueve las piernas como puede e inclina la cabeza hacia atrás buscando aire. La llovizna le acaricia la cara como una pluma. Por arriba, el cielo se curva sobre ellos, negro, plano e impasible, quebrado de plata. Oye el agudo canto de sirenas a lo lejos.

Oye los gritos desgarrados de la adolescente que tiene al lado, que terminan en gemidos. Las palabras confusas y metálicas de alguien en alguna parte, por encima de Tannoy, que les dice en dos idiomas que mantengan la calma, que no empujen, que mantengan la calma. Las distintas corrientes de música de los bares de alrededor. El crujido lejano de los fuegos artificiales del puerto. El constante torrente sanguíneo que le late en los oídos. El terrible silencio de la mujer de los ojos tan abiertos.

A las cuatro y medida la chica que comparte despacho con Stella está irritada. Todavía tienen que elegir entre las dos a un invitado para el programa de la próxima semana; una de ellas tiene que haber leído el libro, o al menos una parte, y haberle preparado a James las preguntas de la entrevista; los de relaciones públicas no dejan de llamar para proponer la aparición de sus clientes en el programa, y a la chica, Maxine, no le da tiempo a revisar la entrevista de la semana con tantas llamadas. ¿Dónde demonios se ha metido Stella?

Suena el teléfono de producción. Lo descuelga.

—*James Karl Show*, le habla...

—Maxine —una voz serena pero despreocupada—, perdona, soy...

—Nina —la corta Maxine, más irritada todavía. La hermana de Stella. Reconocería esa voz en cualquier sitio. Llama unas veinte veces al día, y, por lo general, para nada en concreto. Maxine y otra mujer que trabaja en el programa bromean entre ellas diciendo que la hermana de Stella no se hace ni un té sin preguntárselo antes a Stella—. No está —le dice secamente.

—Me lo imaginaba —replica Nina con la misma sequedad—. ¿Sabes dónde está?

—Ya me gustaría a mí. Tenía que haber llegado a la una, pero no ha aparecido.

—¿Dónde estaba esta mañana?

—No sé.

—¿Había quedado con alguien?

—Ni idea.

—¿A qué hora se fue anoche?

Maxine suspira. Lo último que necesita en ese momento es que la chiflada de la hermana de Stella la someta a un tercer grado.

—Nina, estoy hasta arriba de trabajo y...

—¿A qué hora se fue? —insiste Nina.

—¡Ay, por Dios! —exclama Maxine entre dientes—. No lo sé..., a las doce y media, o a la una tal vez. Tuvo que ser después de que terminara el programa.

Maxine oye el clic del encendedor de Nina.

—¿Quieres que le diga algo? —pregunta Maxine, dando vueltas a un bolígrafo entre los dedos.

Tiene que volver a la entrevista: James se pondrá como una fiera si no está terminada a las cinco. Hace una seña a una mujer de otro despacho a través del tabique de cristal. Con un gesto, la mujer le pregunta si quiere café. Maxine asiente y levanta el pulgar.

—No —dice Nina—, no le digas nada —y cuelga.

—No hay de qué —musita Maxine en el cubículo vacío.

Está atrapado de nuevo en la vorágine, ahora lo arrastran cuesta arriba, la presión va en aumento por todos los lados, hasta que no puede respirar. Lo que tiene delante de los ojos se emborrona y se disuelve y un dolor punzante se le extiende desde el hombro hasta la espalda. Lo importante es no caerse, se dice una y otra vez, seguir de pie, no hundirse. Las costillas le crujen, le aprietan, parece que no le llega oxígeno a ninguna parte del cuerpo, los brazos están como dormidos y le cosquillean; Jake está seguro de que esto se acabó, de que le ha llegado la hora, de que nada ni nadie puede soportar tanta

presión, y su mente se le queda plana, tranquila, pesada como plomo líquido.

De repente lo empujan contra la espalda de un hombre, que se vuelve, enfurecido.

— ¡Eh! ¿Qué hace?

El hombre se dirige a sus compañeros. Jake los mira. Están bebiendo y charlando. Ha llegado a una parte de la multitud que no lo sabe, que todavía está atrapada en el cambio al Año del Tigre. Este hombre, contra el que ha chocado, dice:

— Porque ¿qué harías tú si un cliente te llevara a uno de esos sitios que tienen cabezas de cerdo aplastadas en el escaparate?

La mujer que está a su lado se ríe echando la cabeza atrás.

— ¡Donde fueres...! — exclama, y estalla una carcajada general.

De pronto el alivio es total: los cuerpos se alejan de él. Es como si se hubiera pinchado una membrana. Las corrientes de gentío empiezan a vaciarse. Se le doblan las piernas como plástico derretido y los adoquines suben a su encuentro. Se acuclilla, se atraganta, tose buscando aire, procura llevar aire a los doloridos pulmones, consciente de que la gente de alrededor lo mira, murmura. Entonces parece que todo se queda en silencio.

Jake levanta la cabeza y mira la calle.

De camino a casa, por los Meadows, Nina pasa por el consultorio de Richard, deja atrás la cola de pacientes y a la recepcionista (que nunca le dirige la palabra porque un día, sin querer, Nina la llamó vaca gorda en la fiesta anual del consultorio) y llega a la puerta.

Richard está guardando en su sitio un extraño aparato de acero y tubos negros.

— Hola, preciosa — dice él al verla, y le da un beso en la frente, cosa que Nina aborrece, pero ahora no quiere montar un número—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a verte —dice, y se sienta en la camilla con las piernas cruzadas.

—¡Qué amable! —dice él, pero lo ve echar una rápida ojeada al reloj.

—Estoy preocupada por Stella —le dice.

—¿Ah, sí? —Junta unos cuantos papeles en la mesa y mira algo en la pantalla del ordenador.

—Ha desaparecido.

Él escribe algo en uno de los papeles.

—¿Desaparecido? —repite: su truco para asegurarle que está escuchando—. Bueno, es lo que hace siempre, ¿no? Es parte integral de... del paquete «Stella».

—¿A qué te refieres?

—A la manía de desaparecer.

Richard levanta la mirada. Nina lo ve dejar el bolígrafo, ve que está recordando que tiene que mirar dónde pisa cuando habla de su hermana. Al principio de su relación, hace años, le tiró un abrelatas a la cabeza cuando le dijo si no le parecía que Stella era un tanto escurridiza.

—Pero siempre me dice adónde va. Y... —Se encoge de hombros, incómoda—. Es que tengo la sensación de que le ha pasado algo.

—Seguro que está bien —responde Richard, acercándose; le acaricia la mejilla—. ¿Cuándo has sabido algo de ella por última vez?

—Anoche —responde Nina, y enseguida lo lamenta. Ve que a Richard se le mueve un poco la boca, ve que le cruza por la cabeza el diagnóstico «histérica»—. Pero le he dejado un montón de mensajes desde anoche.

—Aparecerá —dice él en tono tranquilizador—. Seguramente es que está ocupada, ¿no crees?

Nina no responde. Se reclina en la camilla y rasga el papel que la cubre con los tacones. Richard le pone la mano en la cadera y el calor que desprende traspasa la fina tela de la falda.

—Creo que te hace falta una revisión —dice él, mientras, con los dedos, empieza a levantarle el bajo y los callos del pulgar husmean entre las medias.

Nina mira el techo, oye el crujido del papel que cubre la camilla, el salto del segundero del reloj de pared, la respiración de Richard.

—No —dice, y se sienta y se baja la falda—. Tengo que encontrar a Stella.

Jake está ante un mostrador de melamina, se agarra el brazo izquierdo con la mano derecha. El dolor del hombro es insoportable, horadante, profundo, y el brazo cuelga separado del cuerpo, como si fuera de otra persona. Sangra por un lado de la cara. Tiene que limpiarse cada dos por tres con la manga, que ya está rayada como la piel de un tigre. Por todas partes, enfermeras, camilleros y paramédicos van y vienen, la actividad es frenética, eléctrica.

—Melanie Harker —le dice a la recepcionista apoyándose otra vez en el mostrador—. ¿Está aquí?

—Siéntese, por favor —responde ella sin mirarlo—. El médico lo atenderá enseguida.

—No quiero que me atienda un médico —replica él—, estoy buscándola a ella. —Le escuecen los ojos con la luz blanca de los tubos del techo—. ¿Y Lucy Riddell? ¿Está aquí?

—Siéntese, por favor —insiste la recepcionista clavándole una mirada.

Si mueve la cabeza bruscamente, las paredes y el pasillo se columpian a su alrededor. Se aferra al borde pelado del mostrador para no caerse. La mano le tiembla como si fuera un anciano. Todavía le asombra poder inflar y desinflar, inflar y desinflar los pulmones con tanta facilidad. Tiene la sensación de que jamás lo superará.

Un destello blanco de un médico entra precipitadamente por

las puertas del fondo a un pasillo perpendicular. Jake va detrás de él, apoyándose en la pared para poder andar.

—Disculpe —lo llama, tropezando por el camino, deslizándose contra la brillante pared verde claro—, disculpe.

El médico lo mira de soslayo, brevemente, pero sigue adelante a paso vivo.

—*M' goi, m' goi* —insiste Jake cambiando al cantonés—, *gau meng ah*. Estoy buscando a Melanie Harker. ¿Está aquí?

El médico se detiene en seco y lo mira con atención, atónito, como hacen todos cuando un *gweilo* les habla en cantonés.

—Melanie Harker —repite el médico sin dejar de mirarlo—. Sí, está aquí. La he visto hace un rato. Está... —No termina la frase—. ¿Es usted familiar de ella?

—No..., sí... —Jake intenta hilar una explicación. Se llena los pulmones, que parecen tener una capacidad infinita, de la inacabable provisión de aire que lo rodea—. Es mi... mi novia. Su familia está en Gran Bretaña —consigue decir—. En Norfolk —añade sin saber por qué.

El médico, que tiene ojeras grises de cansancio, lo mira otra vez.

—¿Lo han visto a usted?

—No —responde, negando también impacientemente con un movimiento de cabeza—, pero me encuentro bien. Quiero saber...

—No tiene usted buen aspecto —dice el médico; saca una linterna del bolsillo de la bata y se la enfoca a Jake a los ojos. Cuando le toca el brazo izquierdo, Jake se encoge, un dolor ardiente le atraviesa el brazo de arriba abajo—. Esto necesita una radiografía. Hay fractura, y usted está bajo los efectos de una conmoción. Se quedará aquí esta noche. *Neihih ming m ming ah?*

—*Ngor ming*. Pero ¿cuándo puedo...?

—Melanie Harker —lo interrumpe el médico— se encuentra en estado crítico, en Cuidados Intensivos.

Jake mira una luz de la pared. Una mosca se ha quedado atra-

pada dentro del aplique y choca una y otra vez contra el cristal blanco y opaco. Es como si tuviera el movimiento y el ruido dentro de la cabeza. Abre la boca para hacer una pregunta, pero no acaba de saber qué.

—Voy a ver si puede visitarla —dice el médico, más comprensivo.

Stella está sentada en el suelo, la espalda apoyada contra la puerta del piso, el abrigo puesto todavía. Todo lo que ve le resulta desconocido. ¿Ella compró ese cuadro de la pared, el jarrón, esos libros? ¿Son suyos? ¿Su vida es esta o es la de otra persona? ¿Fue ella la que pasó un fin de semana entero despin-tando y encerando el suelo de madera con la mascarilla puesta? ¿Por qué lo hizo? ¿Para qué?

Capta su reflejo en el espejo, detrás del tallo verde y grueso de una amarilis. Parece que no tenga sangre en la cara: destaca, oscura, entre el pelo. Las manos son como las de su padre, largas y huesudas; los ojos, verdes, como los de su madre; y la cara, descubrió con sorpresa hace poco, cuando encontró una fotografía antigua, de color sepia, en el piso de sus padres, la cara, como la de una tía bisabuela de Isernia. Una mezclanza, una colisión de genes.

Suena el teléfono otra vez, se sobresalta y deja de mirarse. Tira de las puntadas entrelazadas de los guantes. Cuatro tim-brazos, cinco, seis y salta el contestador; oye la voz de su her-mana desenrollándose en el silencio.

Stella baja la cabeza, se tapa los oídos.

Mel está descolorida. Está tan pálida que la cara se funde, como se camufla un animal, con el blanco magnesio de las sábanas y de las paredes. Está rodeada de máquinas que suspiran y parpa-dean. Cerca del techo zumba el aire acondicionado.

—Mel. —Jake le enlaza los dedos con los suyos. Están secos y fríos, como un conjunto de huesos. En la otra mano tiene una pinza gris de plástico como fauces de cocodrilo—. Mel, soy yo —susurra él.

Mueve los ojos debajo de los párpados, moteados de color violeta, después las pestañas se separan. Tarda un poco en enfocar la cara de Jake. Abre la boca pero no dice nada. La ve inhalar y tragar. Todo le cuesta un gran esfuerzo, mucho tiempo. Jake quiere decirle que da igual, que no hace falta que hable, pero ella dice «Jake» aprovechando una exhalación, y mueve la mano que le sostiene. Después la boca dice algo que no alcanza a oír.

—¿Qué has dicho? —susurra, acercándose más.

Mel no huele como de costumbre. Además del acre tufillo hospitalario de antiséptico percibe otro raro, ácido, como de algo que ha estado demasiado tiempo en la oscuridad.

—Lucy —murmura Mel—. Lucy.

—No está aquí —dice él, mirando a otra parte. Le cuesta mentir, nunca ha sabido mentir. Siempre teme que la verdad sea evidente, que se la lean en la cara, como si se le proyectara en la piel. Lucy yace en el depósito, unos cuantos pisos por debajo de la cama de Mel—. Se la han llevado a otro hospital —inventa él sobre la marcha—. Al Queen Mary, en Happy Valley.

Mel lo mira de arriba abajo, el brazo escayolado, el cabestrillo desde el hombro, las vívidas contusiones de la cara.

—¿Te encuentras bien? —dice ella barbotando las palabras por separado, como si fueran de frases distintas.

—Bien, sí —afirma—. No es más que una fractura. Y el hombro dislocado. Pero estoy bien. ¿Qué tal te encuentras tú?

Mueve la cabeza sobre la almohada y suspira, y la máscara de oxígeno se empaña. Jake le ve unas lágrimas, que se convierten en un delta, en la comisura de los ojos, y la boca, que se mueve otra vez.

Se inclina hacia ella y le roza la mejilla con los labios; le retira un mechón húmedo de la frente.

—¿Qué pasa? —le pregunta.

—Tengo miedo —oye. Está tan cerca de ella que le ve la lengua a medida que forma las palabras—. Jake, no quiero... —Mueve los ojos hasta que encuentra los de él—. No quiero morir...

—No vas a morirte —la corta sin darse cuenta de que no ha terminado la frase, de que sigue hablando.

—... sin haberme casado contigo.

Jake, acurrucado a su lado en una cama de Cuidados Intensivos, parpadea. Está a punto de decirle: «¿Qué?», pero se contiene. La ha oído. Es tan raro que de pronto salga con eso que casi le dan ganas de reírse. Sin duda quería decir otra cosa.

—Mel. —No sabe muy bien lo que va a decir ni qué debería decir. ¿Qué se responde a una frase como esa? ¿De una chica a la que se conoce desde hace solo cuatro meses?

—No quiero... No soporto pensar —la voz se levanta como una hoja al viento— en morirme sin estar... unida a ti. —Gime, y llega gente a toda prisa, los rodean, los pies corren presurosos sobre las baldosas—. No lo soporto sin...

Una enfermera reajusta la máscara a Mel. Mel se defiende de ella, quiere seguir hablando, pero el médico está ahí, manipulando la máquina, diciéndole que guarde silencio, que por favor se tumbe.

—Será mejor... —Jake lo intenta de nuevo, pero parece que no puede ordenar los pensamientos. Daría lo que fuera solo por poder tumbarse un minuto, cerrar los ojos a las crudas luces, estirarse entre sábanas almidonadas y que una enfermera le dijera lo que tenía que hacer—. Será mejor ver qué tal estás mañana —dice.

Es consciente de que ha dicho una tontería y ve la consternación de Mel.

—Debe usted saber que no va a pasar de esta noche —dice en cantónes el médico, que está a la derecha de Jake, con amabilidad, pero rotundamente.

Jake lo mira. El dolor del brazo y del hombro vibra y se reuerce. De pronto le arde de una forma increíble. Mira de nuevo a Mel. Detrás de la máscara, le salen chispas de los ojos.

—Lo lamento —añade el médico.

Stella tiembla de frío, tiene el cuerpo tachonado de golpes, le castañean los dientes. La calefacción está apagada. Hace un rato se estiró hasta el interruptor y encendió la luz. La luz del techo es amarilla. No sabe qué hora es. Parece que el edificio, la ciudad entera, hayan desaparecido, se hayan disuelto, se hayan perdido en la noche. El teléfono ha sonado dos veces más y se ha quedado en silencio. Los vecinos de al lado tenían muy alto el volumen del televisor. Pero también eso ha cesado. Es como si la caja iluminada de esa habitación flotara, sola y aislada, en un espacio oscuro.

Cierra los ojos, aprieta los párpados. Tiene que haber alguna forma de impedir que esto domine su existencia. ¿Cuántas veces le ha pasado lo mismo? ¿Cuántas veces lo ha visto a él en el rostro de un desconocido, en la calle, en el tren, en un bar, en un ascensor, en una tienda, justo delante de ella? Esas visiones le echan a perder la vida como dolinas cuyo precario terreno de alrededor se va erosionando.

Stella se pone de pie rápidamente. Se le nubla la vista con el movimiento súbito, le duelen las articulaciones. Un pequeño ser alado revolotea alrededor de su cabeza un momento y después sube en círculos hacia la bombilla. Lo mira y entonces se le ocurre una idea. Una idea que le llega de fuera, como un rayo que cae sobre un conductor de electricidad y, en el momento en que se le ocurre, toma la decisión.

Se pone en marcha a trompicones, como un juguete pasado de rosca, recorre el piso recogiendo cosas: ropa, una chaqueta, un mapa, la brújula, el monedero, unos libros. Baja una bolsa de la parte superior de un armario y mete todas las cosas; cierra la cremallera de un tirón.

El sacerdote es un conocido de Hing Tai. Saluda a Jake, lo llama Jik-ah, le dice que siente que se encuentre en semejante situación. Una enfermera seria, con un cono blanco sujeto en lo alto de una permanente espesa y negra, actúa de testigo. En cuanto la primera luz del Año del Tigre inunda la pequeña habitación, Jay pone una mano en la de Mel y otra en un libro negro de piel en el que no cree y dice, lo prometo, lo prometo, sí, quiero, lo prometo.

Ha empezado a helar cuando Stella abre el coche. Tiene que quedarse unos minutos sentada, una ráfaga de aire caliente brota del salpicadero, hasta que se disuelven los cristales de hielo del parabrisas.

Guarda las llaves del piso en un sobre dirigido a una amiga. Cuando llega a las afueras de Londres, para el coche cerca de un buzón de correos y mete el sobre por la ancha y roja boca.

Le sorprende que haya tantos coches circulando por las calles en plena noche. En una señal de la autopista que indica «Escocia, Norte» aprieta el acelerador y casi sonrío.

NOVEDAD



## **Maggie O'Farrell**

# **La distancia que nos separa**

**4 de marzo en librerías**

**Inédita en español, una nueva pieza del extraordinario universo de Maggie O'Farrell**

Paseando por Londres, Stella se cruza con un hombre que la devuelve a un momento insoportable de su pasado. Este encuentro la perturba tanto que deja inmediatamente el trabajo y, sin avisar a nadie, se instala en un recóndito lugar de Escocia; solo su impredecible hermana Nina, a quien está muy unida desde niña, sabrá dónde encontrarla. Al otro lado del mundo, en Hong Kong, Jake y su novia están disfrutando de la multitudinaria celebración del Año Nuevo chino cuando ocurre un accidente. Stella y Jake no se conocen, pero ambos huyen de sus vidas: Jake busca un lugar tan remoto que no aparece en ningún mapa, y Stella se esconde de algo cuyo significado únicamente su hermana puede entender.

Inédita en español, «La distancia que nos separa» –la tercera novela de Maggie O'Farrell, publicada por primera vez en 2004–, explora ya algunos de los temas que serán fundamentales en la obra de la autora de «Hamnet» y «El retrato de casada»: los lazos afectivos, el peso de los recuerdos y la necesidad de independencia. Una cautivadora historia sobre cómo la familia conforma nuestras vidas, y sobre lo difícil que es, por mucho que lo intentemos, dejar atrás nuestros orígenes.

**Más información en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)**